

# LA SAETA

SEM ANARIO ILUSTRADO

*Año X*

*Barcelona, 2 de Febrero de 1899*

*Núm. 428*



HEMEROTECA  
MUNICIPAL  
MADRID



Poesía eres tú.

## Del tiempo... como la nieve

Por fin, ó finalmente, digo, á última hora, ha hecho frío.

Ha nevado.

No extrañarán mis amigos, (esos que dicen que me leen, lo cual no cito por inmodestia, sinó por consuelo del *dolor* que me producen otros sabios que no se enteran de lo que se me *ocurre escribir*) no extrañarán. repito, que hable de la nieve.

La ocurrencia de este humilde ha sido algo tar-

Sin embargo, sin embargo, no puede asegurarse que haya cargado la mano de una manera *horrible*, como *ponen* todos los novelistas por entregas para hablar de cualquier exageración, se trate del predominio de los nervios, ocurra con el dominio de la voluntad.

Nó, el invierno hizo un simulacro de nieve, y quiera Dios que no un simulacro de frío.

Yo en esto de los simulacros estoy escamado,

como gato que huye del agua hirviendo. Presencié uno en que á cierto soldado se le *disparó la culata*, y era natural, porque el fusil había servido para el servicio *inobligatorio* de su padre. También lo estoy de otros que no se me permitiría citar.

El caso es que todos ustedes decían como yo, si ahora se llevan capas sólo porque no caen mal con vistas al tiempo que marca el calendario, ¿qué será mañana, cuando en el mismo almanaque se distinga la *primavera* del *invierno*, y el *verano* de la *primavera*? Habrá que aprovechar las noches estivales, no para salir *en camisa*, cosa que no fuera ya original, sinó...

*Ainda mais...* mal escrito y mal hecho.

\*\*\*

Ha nevado muchas veces.

Hacia *bueno* (1). La temperatura era agradable, templada, enemiga de los sastres.

Y un día, mi amada (yo también tengo amada, como los poetas), me dijo: «está nevando.» ¡Regocijo como el

de mi alma! Pero en seguida viendo los sutiles y *albos* copos, que parecían *gotas almohazadas* (2) por las nubes, aquellos montes cubiertos de nieves, aquellos campos, cuyo verdor era comparable á un *si bemol*, se entristeció mi espíritu.

¿Saben ustedes por qué?

¿Qué será, dije de los pajaritos de la Rambla? La naturaleza les había despojado ya de sus abrigos de hojas, y piaban protestando de que la gente les viese á la hora de dormir. ¿Dónde irían á cobijarse del frío glacial?

¡Y hay tantos seres humanos que sólo se parecen á los gorriones!

CLAK



— ¿Dime, y tú eres zaguera?

— Zaguera y delantera... y todo lo que quiere el director.

día, pero la del invierno lo es *más*. De modo que si yo hablo de la nieve mucho después de haber nevado, también el invierno fué frío, cuando todos confiaban en que *ya no se helaría la atmósfera*.

El invierno de 1899 está á la altura de las circunstancias, y aun á la altura de Sagasta, quien le hace puntas al *fin de siglo*, y también (*ainda mais*, diría quien yo me sé) al año.

Son dos *vegetorios*, y el año, si bien se mira, le supera, porque es *más centenario*.

En lo que rivalizan es en lo siguiente: en que van ó andan rezagados.

Ocurre, no obstante, que no puede decirse de Sagasta lo que se diría del año: que es además de tardío, seguro.

\*\*\*

En efecto: habrá pensado el *Invierno*, ¿se quejan los españoles porque no me he enfriado? ¡Pero en esa *Península* no están contentos *ni* aunque se les regale la copa del rey de Thule!

(1) Lo subrayo no para los que saben, sinó para... ciertos tentos.

(2) ¿Quieren disputar conmigo esta figura? Yo también soy soberbio, á *mis veces*.

## El traje de Clown

No era prudente participar á nadie tal pensamiento: quería vestirse de máscara, ir á bailes y frecuentar paseos de tal manera disfrazada que no la conocieran.

Consultar con alguna amiga sobre la elección de disfraz hubiera sido una locura, porque secretos entre mujeres son difíciles de guardar, ya que nada pesa á los habladores tanto como un secreto.

Tal vez esta fué la causa de que se pasase días y días pensando en traje capaz de atraer todas las miradas.

Desechó el capuchón por vulgar, el eterno bebé por igual causa y, tras de pensar mucho, vino á dar en la idea del Clown, arreglado á su modo: traje de suyo caprichoso que le sentaría á las mil maravillas.



Gozosa estuvo mientras lo hacía, y más gozosa y alegre cuando vió que efectivamente no se había engañado: el disfraz le estaba que ni pintado.

Para acostumbrarse á andar con soltura de aquella manera vestida, se puso el traje varias veces, porque sabía muy bien que nada es más ridículo que no saber manejar la ropa.

Solo le faltaba poder engañar á Luis y esto lo consideraba bien fácil, porque él tenía muchas ocupaciones y á penas podía estar á su lado más de una hora diaria.

Temblaba, sin embargo, ante la idea de que pudiera enterarse de la locura que pensaba hacer, pues, á decir verdad, Amparo no hubiera podido vivir sin el cariño de su prometido.

La maldita idea no se le quitó de la cabeza y los días de carnaval llegaron.

No sé por qué Luis tuvo el presentimiento de lo que Amparo pretendía llevar á cabo.

Es el caso, que le recomendó mucho no ir á bailes, donde podían conocerla y evitar todo motivo capaz de que la gente la criticase.

Y tanto dijo y tales razones dió, que Amparo decidió guardar el disfraz para mejor tiempo.

El demonio no está quieto nunca y la muchacha, al ver como la gente se divertía, resolvió ponerse el traje, con tanto trabajo hecho, y salir á lucirle dando una vuelta por el Prado, nada más que una. ¿Quién lo iba á saber?

Vestida estaba ya y decidida á lanzarse á la calle cuando le entró temblor convulsivo y se vió obligada á sentarse fatigada: se exponía á perder para siempre la estimación de Luis si éste se enteraba de su locura, y ella le quería mucho, muchísimo.

Tentada estuvo á desnudarse, y ya iba á hacerlo cuando oyó que sonaba la campanilla. Creyendo que era la criada que volvía de alquilar un capuchón, salió á abrir viendo con sorpresa al criado de Luis.

Su señorito estaba muy malo y la llamaba.

—Dí que voy en seguida y, por Dios, no le digas que me has visto en este traje.

Pero tal fué el atolondramiento de Amparo al recibir la noticia, y tal su impa-

ciencia por saber lo que á Luis le pasaba que salió á la calle y caminó de prisa sin darse cuenta de que la gente se quedaba mirándola y sin fijarse en que aun iba vestida

caprichosamente de Clown.

Afortunadamente las máscaras transitaban por la calle; que de no ser así, tal vez la detuvieran por loca antes de llegar al lugar, objeto de tan suspiradas ansias.

Ni se acordaba, ni podía acordarse en aquel momento de la prohibición de Luis.

La noticia de su repentina enfermedad, y el temor de perderle hiciéronle olvidarse de sí misma, del traje que vestía, impropio de las circunstancias, para no acordarse de otra cosa que de la angustia que le causaba el mal estado del hombre á quien tanto quería.

Sin respiración llegó á casa de Luis y éste al verla en tal traje hizo un gesto de disgusto, que cambió por una sonrisa cariñosa al notar por la ansiedad que se retrataba en la cara de Am-

paró que sólo un exceso de cariño podía haberla hecho presentarse disfrazada en su casa.

El capricho que pudo producir un disgusto fué causa de una alegría.

Tal vez por eso conserva Amparo tan cuidadosamente el traje de Clown, y esa será la causa de que todos los años espere el domingo de Carnaval á Luis, su marido, vestida con el vistoso disfraz.

Y viven felices, muy felices.

Porque lo de la enfermedad afortunadamente fué poca cosa, y todo se redujo á un susto.

RUILOP

## En el cuarto de la tiple

Aquella noche era la señalada para el *debut* de Fanny Espranzini, que venía precedida de gran renombre alcanzado en los centros artísticos de las principales repúblicas americanas.

Los diarios de allende los mares, deshacíanse en elogios de la nueva tiple, y yo como periodista celoso de su obligación, comuniqué al Director mi pensamiento de ir aquel mismo día a celebrar una entrevista con ella. Le pediría el retrato, algunos datos biográficos y al día siguiente lo publicaríamos en el periódico.

Llegada la noche, me arreglé, me acicalé

un tanto y dirigíme al coliseo que anunciaba el mencionado *debut*.

Penetré en el teatro. Acababa de caer el telón, al poner yo los pies en el escenario. La ocasión era, pues, oportuna.

Encaminéme al cuarto de la *debutante*. La doncella de confianza, pasóle aviso, y tras pocos segundos de espera, volvió diciéndome:

—De parte de la señorita, que puede usted entrar cuando guste.

Y al tiempo que así hablaba, levantó el pesado *portier*, penetrando yo en la estancia.

Fanny Espranzini, no se hallaba sola; sen-



— No sé cómo te las arreglas para andar siempre con líos.

— ¿También eres tú de los que ven enredos en el amor de Paco?

— No, mujer, nó; en tu faldellín.



Momento de atención



Un rinconcito del cielo.

tados en dos de las artísticas butacas que en la lujosa habitación había, estaban otros periodistas más ó menos distinguidos de la capital.

Saludéles con un movimiento de cabeza, saludo que devolvieron. Ella, ocupada en terminar su delicada *toilette*, no había notado mi presencia. Fué cuestión de un instante. Avancé un paso y al oírme volvió el rostro para mirarme.

No pude reprimir un involuntario movimiento de asombro. Aquel rostro me era conocido. Si, era indudable, la había visto en alguna parte.

Parecióme que ella palidecía.

Inclinéme cortésmente y traté de manifestarle el objeto de mi visita.

—Señorita —le dije — soy Redactor de *El Diario*, como ya usted sabrá, y enterado de los muchos méritos que la distinguen, vengo á solicitar de usted un señalado favor...

—Dígame de qué se trata — interrumpióme — que será para mi motivo de satisfacción, el poder complacerle.

Y acompañó á sus palabras un grnciosísimo mohín.

No acerté á contestarle. La particular expresión que tomó su semblante, hizo que mi memoria recordara lo que había olvidado: el importantísimo papel que ella, la misma agasajada actriz que frente á frente tenía, hubo de desempeñar en los juveniles años de mi vida.

Acababa de reconocerla, sí. Quedé mudo de asombro.

La hermosa tiple, no dejó de notar mi turbación.

—¡Caramba! Pero que distraída soy — dijo mirándome fijo, muy fijo. — ¿Pues no me había descuidado de ofrecer á usted asiento?..

Sentéme y queriendo disimular lo que por mi pasaba, balbuceé algunas palabras que tenían más de incoherentes que de otra cosa.

Por su parte mis dos compañeros no parecían fijarse en mi repentino mutismo.

—Pues, si; usted dirá... — continuó ella, mientras con refinada coquetería, daba la última mano á su tocado, delante del magnífico espejo, que ocupaba gran parte de la pared testera de su cuarto.

Aquella mujer deliciosamente rubia, de delicados contornos, de maneras elegantes; aquella mujer que *italianizaba* el español, chapurrándolo, y que se hacía llamar Fanny Espranzini, ni se llamaba así, ni tenía nada de italiana.

Bien la conocía yo, todo era fingido en ella.

Pero ¿cómo se encontraba allí? ¿Cómo había llegado á alcanzar tanto éxito, aceptación y notoriedad? Eso es lo que me preguntaba, lo que deseaba saber y lo que no conseguía adivinar.

Volví á coger el interrumpido hilo de mis ideas y con frase clara, dijele cuanto hacia al caso.

Sonrió.

—Mañana mismo puede usted pasarse por mi casa y tendré mucho gusto en proporcionarle los datos que solicita — me contestó, enviándome una mirada de inteligencia — ó si no quiere molestarse tanto — continuó — por la noche á esta misma hora, los puedo entregar...

—Bueno; será mejor así—repuse, aparentando no haber penetrado el sentido de sus primeras frases.

Tal manifestación, antojóseme verla acogida por un gesto de disgusto. No me importaba. La Espranzini tomó su brocha y entablado, entonces, conversación con mis compañeros, empolvóse con arte el semblante y parte del cabello.

Alcanzó uno de tantos pomos, que, repletos de ricas esencias, veíanse esparcidos por encima de su tocador de palo-rosa, perfumándose el pañuelo que pendía de su cintura.

A todo esto, permanecía yo pensativo, observándola, sin acertar á darme cuenta de lo que acababa de ocurrirme.

De pronto sonó el timbre de aviso del director de orquesta, al tiempo que asomaba el traspunte previniendo la salida de la artista.

—Señores — dijo ésta, sonriendo mientras recogía con su mano izquierda la larga cola de su traje de raso, estilo Luis XV — voy á mi obligación... — Y añadió, en tanto que nos levantábamos nosotros: — Ya lo saben ustedes: mañana por la noche, tómense la molestia de venir, que tendrán ya á su disposición los datos que me piden y las tres fotografías... Porque supongo — continuó dirigiéndose á mi — que también querrá usted mi retrato, para su periódico.

—No, señora, agradezco la deferencia, pero... tengo ya uno — exclamé.

La pretendida Fanny que no esperaba tal respuesta, mordióse los labios y enrojeció ligeramente...

—A los pies de usted—dijele.

Beso á usted la mano—contestó con sequedad, envolviéndome en una mirada sombría y rencorosa.

Alejéme de allí.

Aquella mujer, precedida, sí, de fama, pero dominada ya por el vicio, había sido en otro tiempo mi primera ilusión de amor, mi primera novia.

RICARDO CLARET



Entre familia.



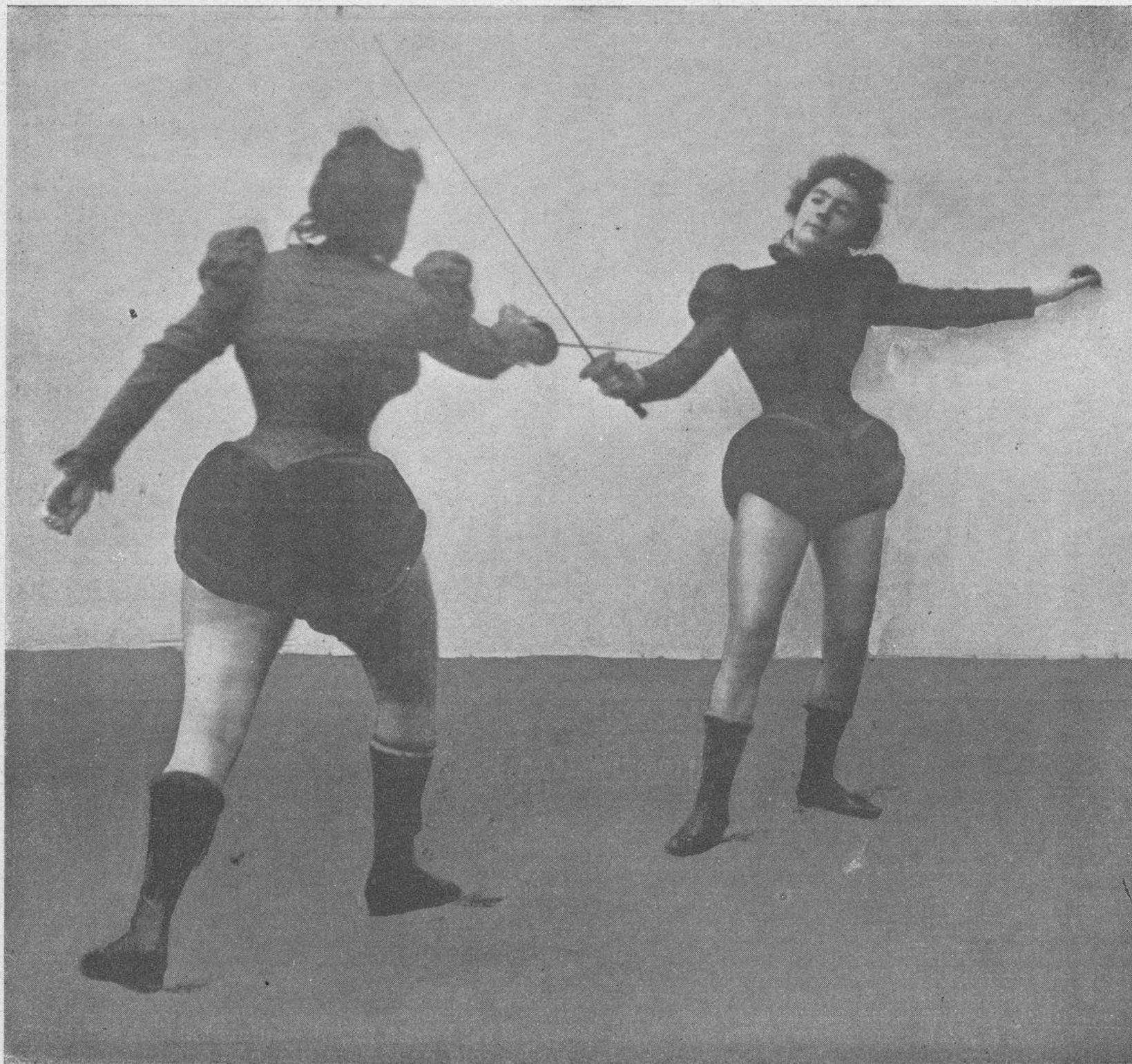
Enredada en las espinas.

*Reutlinger.*



*Ogerau.*

Me tapo... para no darle celos al sol.



## Amor modernista

Busca, buscando, el curioso é incansable *Juan Buscón*, que es un *buscador* muy afortunado, encuentra siempre (en sus excursiones por los campos de la Ciencia, del Arte ó de la *Actualidad*) algo muy jugoso, muy brillante ó muy chusco con que proporcionar instantes de solaz y amenidad á los curiosos.

Ultimamente, con motivo de cierto suceso *asaz* peregrino ocurrido en París entre una *cantaora* española y una gran dama de la sociedad parisién, las cuales hembras disputábanse *las mercedes* de un gitano húngaro muy buen mozo, hace *Juan Buscón* muy salados y oportunos comentarios, en los que se echan de ver al punto las plumadas maestras del psicólogo y del humorista. Todo este baturrillo retórico encomiástico viene á parar en que se me ha ocurrido la idea de *ampliar* (¡qué audacial!) la rápida disertación del famoso escritor; y, como no me fascina mucho *la glorióle* de imitador y mucho menos la de plagiario, hago esta salvedad por lo *qui potest contingere...*

\*\*\*

Decíame un talentoso joven, compatriota mío, bastante ducho en achaques de conquistas adó-

nicas, que cuando la mujer trastornaba el seso á un hombre de talento, la hazaña era doble, porque conquistaba á la vez un corazón y un cerebro.

Muy bonito me parece el amoroso pensamiento y muy del gusto de los brillantes Tenorios de pluma; pero, como suele ocurrir en muchas cosas que «son poesía, pero nó verdad», sucede en este caso la malhadada ocurrencia de que pocas mujeres se percatan de tan hermoso dualismo, ó, mejor dicho, acontece que, al concretar el asunto, la teoría se da de bofetadas con la práctica.

\*\*

Emilia de Girardín, para probar que el amor brota en el alma femenina más por caprichosa espontaneidad que por atractivo del mérito, se valía de esta imagen: «Si un faisán salvase la vida de una paloma no se creería ella obligada á desposarlo; preferiría á él una simple paloma torcaz que no hubiese hecho más que arrullarle.»

Ninón de Lenclos decía: «El amor es un capricho que no depende de nosotras, y que está sujeto al disgusto lo mismo que al arrepentimiento.»

Isabelina de Myra aseguraba, con la mayor bue-

na fe del mundo, que en materias de amor «no hay nada tan bestia como un sabio».

Es de advertir, de paso, que dichas mujeres han sido de las que han tratado el amor con más claro criterio, especialmente Ninón que, como es sabido, robusteció sus juicios con su larga experiencia.

\*\*\*

La mujer, hablando en prosa, no es más que un hermoso animal, un animal muy lindo, si queréis (y si no queréis, también), pero, como tal, obedece á leyes biológicas que no es muy fácil eludir. Y como la animalidad, cuando en sus conatos está bajo la presión del *genio de la especie*, se paga mucho de las apariencias, la mujer, en eso de las preferencias por histriones, toreros, acróbatas, militares y *gitanos húngaros*, no hace más que confirmar las *perogrulladas* del viejo Darwin, dando al traste, para regocijo de la Madre Naturaleza, con todas las pamplinas de los poetas y de los *exquisitos* más ó menos antiestéticos.

La querida de Heine instaba al famoso bardo á que se metiese á hortera... Para esa hembra *realista* valían muy poco los lauros del poeta: un Heine, en prosa ó en verso, pero con cuartos en el bolsillo, era manjar de igual sabor para ella.

Los casos parecidos abundan. Los matrimonios de los poetas no han ofrecido jamás asunto para un poema... Recuérdese que el filósofo Abelardo,

á más de talentoso, era muy guapo. Como antaño no abundaban las Eloísas, ogaño son casos muy raros los semejantes al de Mme. Daudet.

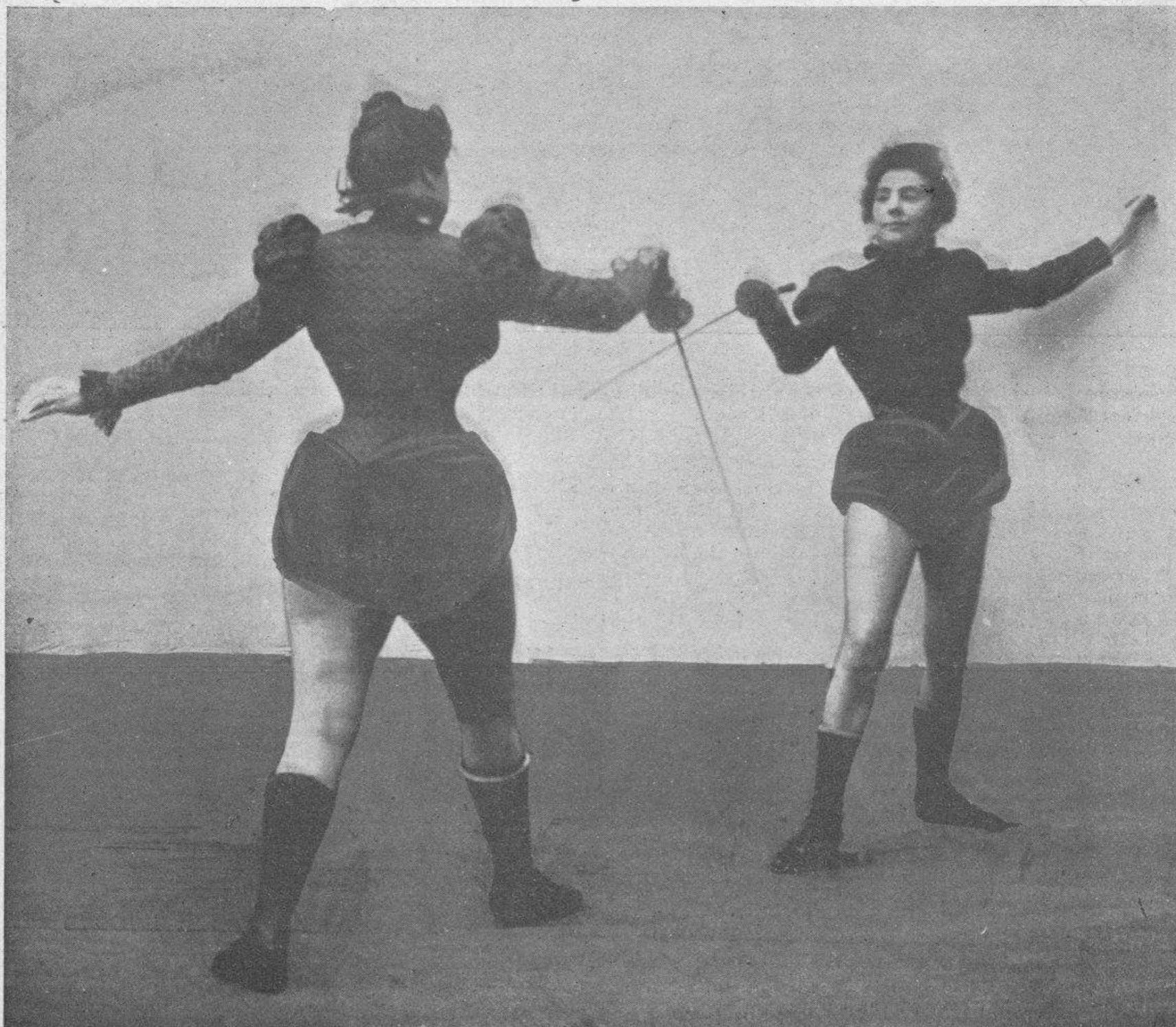
\*\*\*

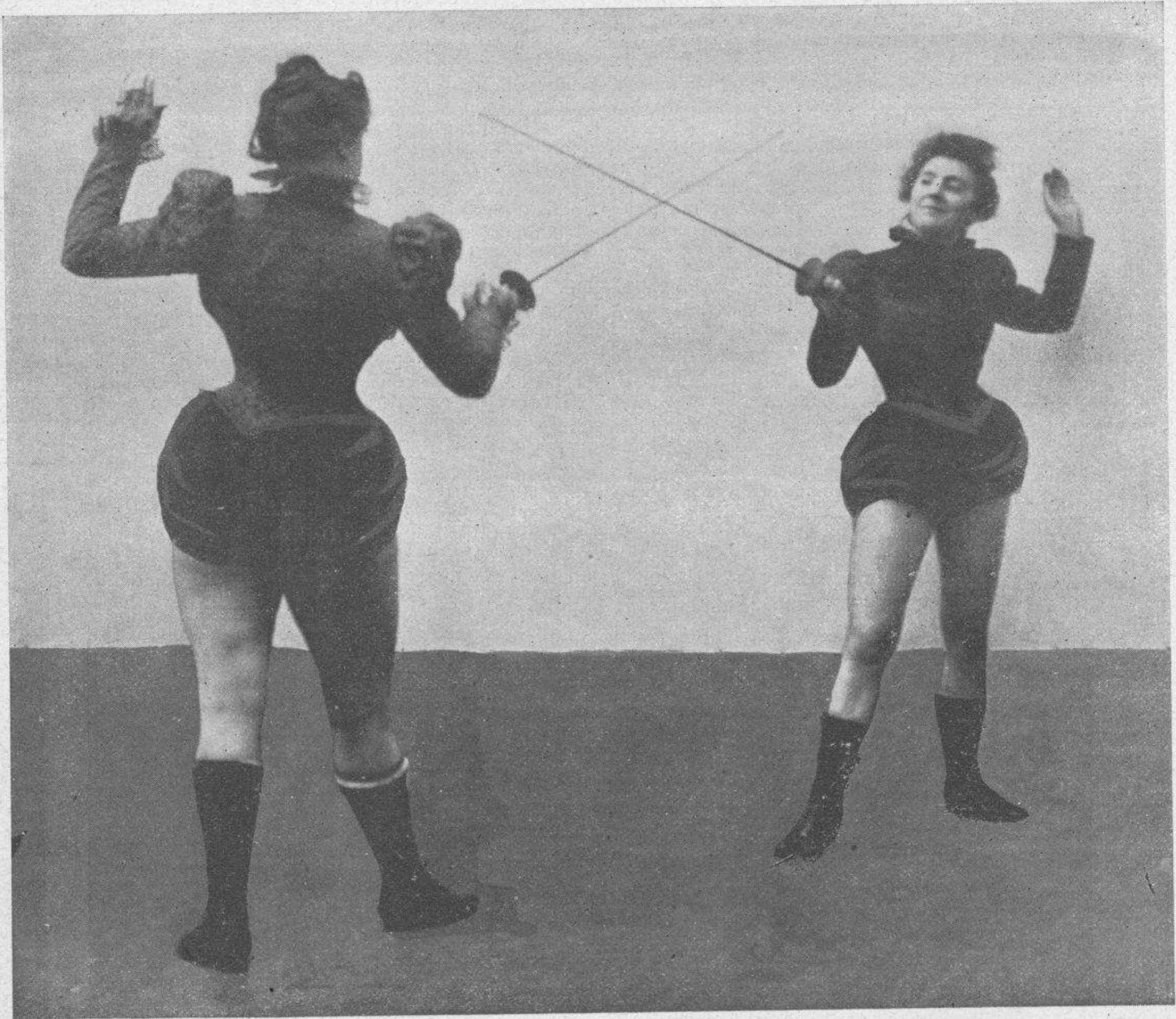
Si la educación, las convenciones y *el qué dirán* no ejerciesen bastante presión en la sociedad, estaríamos ya hartos de ver á muchas damas *de copete* deponiendo su altivez ante cualquier *modelo de la fuerza ó de la plástica*, más ó menos *agitanado*. Don Juan Tenorio, el legendario personaje romántico, volcaba el seso del otro sexo, no por sus almibaradas declaraciones *del sofá*, sino por sus proezas de espadachín y sus calaveradas de Jacob práctico de escalas de seda.

«El histrionismo excitó siempre la femenil curiosidad», dice *Juan Buscón*. En las hijas de Eva ejerce mucha fascinación la puerta de la curiosidad, aunque no dejen de presentir que, al abrirla, encontrarán... manzanas, y, al volverla á cerrar, pillarán una indigestión... de pecado original...

Por eso imagino que al ilustre Spencer se le ocurrió: decir «el amor es un juego». Sí: un juego de niños grandes, un juego de prendas, en el que las mujeres saben *equivocarse* con mucha gracia y mucho *tacto*, para que les toque siempre cumplir la penitencia con quien presente mejores aptitudes para *el dúo* del castigo. Y es claro que para ese juego no sirven los *misántropos* ni los

#### Á PRIMERA SANGRE





graves, sinó los que gozan en exhibirse, los héroes amables de la juerga y del chicolero.

★ ★

Todo lo anteriormente dicho no habrá de tomarse (juro que lo temo) como una falta de respeto á Su Majestad el Bello Sexo, ante quien me descubro con admiración. Mi objeto ha sido hacer constar que en eso de censurar á las débiles mujeres por sus aficiones *gitanescas* hay algo de mala fe. Como cosa bastante natural es bastante factible también, por tanto.

Lo cual no obsta para que aplaudamos con sincera efusión los estatutos de la moral convencional que, en nuestra sociedad cultísima, ejercen influencia sobre el feminismo, hasta el punto de disminuir en mucho las proporciones del mal que podría llamarse: *la obsesión del histrionismo*.

Es menester, sin duda, enmendar la plana á la Naturaleza, porque esta señora tiene ideas muy rudimentarias en eso del buen tono, del buen parecer y de los convencionalismos sociales. Y como en nuestra asendereada sociedad, toda artificio, lo natural es casi exótico, es menester amurallar el templo de sus preceptos y declarar reo de alta traición al que ó á la que intente escalar las murallas...

¡Bonitos quedaríamos si á cada hombre se le diese absoluta libertad para realizar sus designios y á cada mujer para seguir la ruta de sus inclinaciones!... Todo este gran aparato ostentoso de nuestra sociedad se desmoronaría, y, al cabo, en *la región de los iguales* de sus ruinas, nos encontraríamos en situación un poco *paradisiaca*, pero un mucho despojada de todo lo que el progreso y la cultura han intentado para engañarnos tan hermosamente unos á otros...

★ ★

Y, para terminar de una *manera ecléctica*, ó, mejor dicho, sin descontentar á nadie, advertimos que si los histriones, los toreros, los espadachines, los acróbatas y los buenos mozos tienen para los milagros de amor la protección de Nuestra Señora de los Instintos, los que en sí mismos aúnan un corazón y un cerebro, sin favores de la *Fuerza* ó de la *Plástica*, tienen también para lograr mercedes la gracia santificante que les infunde Nuestra Señora de los Convencionalismos...

Y... en paz.

ANTONIO S. BRICEÑO

(Venezolano.)

## El robo

Le llamaban «el infeliz» en sus mocedades, y sin embargo, tenía buen corazón; era valiente y sufrido á prueba de infortunio. Empezó la lucha muy pronto y llegó á hombre hecho ya á las borrascas, con mucha trastienda de la vida y tan rico en amarguras como pobre era en condición social: un «don nadie», bestia de carga en todas las ocupaciones, si las había; siempre desheredado y solo, á multiple labor sujeto y sin oficio que le permitiese hacer cálculos para lo porvenir.

Pero conforme se veía aperreado y caído de bruces en aquella noche negra y pavorosa, sentía por allá dentro, muy hondo, resquemo y afán de goces confusos y sabrosas bienandanzas. Esto le fortalecía, le animaba á luchar y á vivir, prestábale resignación en los más duros quebrantos. Aunque no estaba muy fuerte en los *tiquis miquis* psíquicos de la fe, ello era que Felipe se presentaba de hora en hora más bondadoso en realidad,

más infeliz para el vulgo. Y naturalmente, el vulgo le atenaceaba y le acometía con mayor empuje de humillarle. ¡Cómo despreciaba él, Felipe, que iba adquiriendo sin sospecharlo pujos de filósofo, aquellas mofas y aquellas injurias! Acontecía entonces que se ensimismaba más, haciéndosele más vivas y penetrantes, hasta herirle en el pensamiento, las visiones internas manifestadas en deseos todavía intraducibles. Y asomábasele el gozo traidoramente á los labios con vaguedad beatífica, cosa que ya comentaban con donaire zumbón «los de su círculo», siempre dispuestos á reir á costa suya.

Poco á poco se le esclareció el espíritu; llegó un día en que el aire fresco y perfumado se llevó todas las negruras; porque él diría que era aire y que le había sentido orear adentro, «en lo hondo», en aquella parte tan sutil, delicada y sensible de su sér que no sabía qué cosa fuere: aquel

Á PRIMERA SANGRE





cia de la sugestión que aloca, de la fiebre que exalta, del nervio que se irrita... Allá, zaguero, pasmado y temeroso, caído en la nieve (porque la acometida le hizo resbalar y caer) quedaba uno, el robado: y él corría, corría apretando el puño, haciendo por recordar en qué punto podrían darle una pistola con aquél puñado de plata... En las vueltas y revueltas que dió, saltóle al paso una panadería que reflejaba á través de los vidrios su luz débil sobre la nieve del arroyo... Se detuvo como si sintiera una mano pesada, una mano que le hería en mitad de la frente, alborotándole la sangre y revolviéndole todas las ideas; pensó en aquel rinconcito helado, en las figuras escuálidas, moribundas, frías; acome-

tióle no sé qué indefinida zozobra, que era vergüenza y espanto á la vez, y entró en el tenducho, y arrebató más que pidió un pan, dos panes, tres panes, saliendo á poco con la prisa del que corre, con el anhelo del que vuela temeroso de no llegar nunca.

Pero él llegó al zaquizamí, y llegó cuando la madre, desfallecida, sin fuerzas para sostener su propia desgana, con la crin vedijuda, con los ojos inyectados, loca de fiebre y desolación... apretaba, queriéndole beber el aliento y la vida, á uno de los andrajosos monicacos, que lloraba cruelmente quejándose del hambre vil...

J. F. Luján.

### Cañitas

Despertaré á mi morena  
para ver sus ojos bellos,  
que me mata la añoranza  
y quiero admirar el cielo.

Voy á poner tu retrato  
muy juntito al de mi madre,  
que al rededor de la Virgen  
he visto siempre á los ángeles.

Si riño con mi gitana  
nos queremos más después.  
¡En pos de la noche oscura  
qué bello el amanecer...!

Un manojito de claveles  
colocado en tu ventana.  
¡Ay qué ofrenda más humilde  
en el altar de una santal...

J. ENRIQUE DOTRES

## Las mujeres

GABINETE. — Sentada delante de un tocador-espejo elegantísimo, estilo Luis XV y regalo del marqués de Hambladilla, Manuela Gonze, á quien todo el mundo llama «La preciosa». Está peinándola su doncella, una especie de *amiga*, secretaria ó confidente, honoraria en estos cargos y efectiva en los de calzarle los pies, ajustarle la cintura y alisar su hermosa *mata de cabellos*.

LA PRECIOSA. — ¿Coquet... sabes?

LA DONCELLA. — ¿Para el marqués?

LA PRECIOSA. — ¡Pss! Sí. Digo... para mi regalo.

LA DONCELLA. — ¡Ya!

LA PRECIOSA. — ¡Cómo! ¿Imaginas que yo me peino para... el señor? Me place verme hermosa, estoy enamorada de mí.

LA DONCELLA. — Y de Gonzalito Maíques.

LA PRECIOSA. — ¡Bachillera! Pues nó, ni para Gonzalito, ni para el marqués; para mí sola.

UN CRIADO (desde la puerta). — El señor marqués de Hambladilla pide permiso...

LA PRECIOSA. — Que espere en el salón.

LA DONCELLA. — En un periquete acabo.

LA PRECIOSA. — Nó, no hay prisa; cuidado con esos bucles; confío en tus manos y en tu buen gusto.

LA DONCELLA. — Se aburrirá el marqués.

LA PRECIOSA. — ¡Pshé! ¡Nada, que te figuras tú que me arreglo para ese vegestorio, que no tiene en su abono más que los títulos de nobleza!

LA DONCELLA. — Y los millones. ¡A cualquier hora le hacía caso mi amita, si no estuviesen tan dorados sus pergaminos!

LA PRECIOSA. — Te diré: hay que vivir...

LA DONCELLA. — Y también hay que amar.

LA PRECIOSA. — ¡Pero no á la senectud! (*Se rien las dos.*)

EL MISMO CRIADO. — El señor marqués me manda advertir á la señora que lleva mucha prisa.

LA PRECIOSA. — ¡He dicho que espere! Añada usted que se entretenga, ya que no puede leerlo, en mirar los dibujos de *Le Journal Amusant*, son interesantes.

Á PRIMERA SANGRE



La Saeta

LA DONCELLA (manejando las tenacillas). — Es usted cruel.

LA PRECIOSA. — Cuidado no te distraigas y me quemes. ¿Cruel? nó. De un modo ó de otro se ha de vengar una. ¡Y si á crueldades fuéramos!

LA DONCELLA. — ¿Es exigente el noble?

LA PRECIOSA. — Siempre es exigente un viejo, hasta cuando se pone como el almíbar.

OTRO DOMÉSTICO. — El señor don Gonzalo Maíques pide licencia...

LA PRECIOSA. — Dígale usted que pase.

LA DONCELLA. — ¿Aquí? ¿Y el marqués?

LA PRECIOSA. — Que se aburra. Pero date prisa... nó, no acabes, no recojas la trenza... todo lo contrario, déjala libre... á Gonzalito le gusta ver sueltos los cabellos.

LA DONCELLA. — Para pasar la mano y hacer de los dedos peine, ¿nó?

LA PRECIOSA (de pie y mirándose al espejo). — ¡Ajá! Lindísimos. Tráeme la diadema.

LA DONCELLA. — ¡Pero si la ha mandado esta mañana el marqués y aun no la ha visto lucir en esa cabecita!

LA PRECIOSA (haciendo una muequecilla encantadora). — ¡Pshé!

(Pausa. La doncella obedece.)

GONZALITO MAÍQUES (entrando). — ¡Amiga mía!

La Preciosa se adelanta sonriendo y pone la frente para que su amante le dé un beso... y admire la diadema.

GUILLERMINA STOCK

MISCELANEA

Paseábase nerviosamente una dama por la cubierta de cierto buque que se dirigía á Ultramar.

Su marido dormitaba como un bendito sentado sobre unos calabrotes. Ya había procurado ella despertarle varias veces, pero todo inútil. Por fin, aprovechando un descuido de los pasajeros le pellizó con fuerza y le sacudió de un brazo.

El marido despertó azorado:

—¿Qué es eso? ¿qué... hay peligro? ¿ha chocado el buque?

—Nó, hombre, nó, (le contestó su cara mitad hecha un basilisco). Lo que hay es que no está bien que el marido duerma cuando la mujer está con el ojo muy abierto.



—¿Qué felices seríamos las mujeres si los hombres fuesen ángeles? — le decía una joven á su amiga.

—¡Pues ya lo creo que lo son! —dijo ésta.—Figúrate que todos los novios y... demás que he tenido, han volado; no sé si se puede ser más ángel.



En un baile de máscaras.

Un pollo. — ¿Cómo se atreve usted, Adelina, á presentarse sin careta?

Ella. — ¿Cree usted que la necesito?



Un jefe de infantería

á un quinto le preguntó:

—Si estando de guardia un día,

te dan orden de que no

entre nadie en el cuartel,

y á la madrugada á mí

se me ocurre entrar en él,

¿qué harías entonces? ¿dí?

Aturdido el quinto de esta

pregunta, empezó á pensar;

pasó tiempo, y la respuesta

no la acababa de dar.

Viendo que no respondía,

díjole el jefe otra vez:

—Si ese trance te ocurría,

¿qué es lo que harías? ¡pardiez!

y entonces el quinto así

respondió:—Pues le diría

¡caramba! ¿Cómo está usía

á estas horas por aquí?



El general en jefe, detiene á un soldado que hu-ye en una acción, y dice á su ayudante:

— Que le peguen cuatro tiros, inmediatamente.

— Mi general, ¿no sabe V. E. que ese hombre es el recomendado del ministro?

— ¡Ah! ¡es el recomendado! Pues que le peguen un tiro solamente.



CHARADA

Tengo dos prima tercera que desde luego te ofrezco, en la calle de Descartes número tantos, primero. El Doctor prima tres doble me conoce, pero advierto que será solo de vista porque le compré un unguento, una noche de verano del año... ya no me acuerdo. Uso todo de algodón ¡por qué! ¡claro! cuestan menos. ¡Casi siempre somos ricos los que escribimos en verso!.. La compré primera tertia de Pérez, don Desiderio quien va siempre á dos tercera antes de abrir su comercio. Y termino la charada antes de ser más molesto.

MORENO.



Tercio silábico

\* \* \* \* \*
\* \* \* \* \*
\* \* \* \* \*

Substituir las estrellitas por letras, de forma que vertical y horizontal se lea: 1.ª nombre de varón y 2.ª y 3.ª nombres de mujer.

I. TESNOP



Logogrifo numérico

- 2 — Cifra romana.
1 0 — Nota musical.
7 5 4 — Río.
7 3 4 3 — Animal.
1 4 5 8 4 — Verbo.
2 3 4 5 7 3 — Nombre de mujer.
7 4 5 8 0 7 0 — Número cardinal
0 9 7 3 6 8 9 3 — Nombre de varón.
1 4 3 7 0 4 8 0 9 — Tiempo de verbo.
1 2 3 4 5 6 7 8 9 0 — Nombre de mujer.

FERNANDO GUTIÉRREZ.



Soluciones á lo insertado en el número anterior:

CHARADAS. — Lope. — Jacá.

TRIÁNGULO. — A D E L F A

D U L I A

E L B A

L I A

F A

A

JEROGLÍFICO COMPRIMIDO. — Grandioso.

ROMBOS ENLAZADOS. — P N  
 DEL DIA  
 PEREZ NIEVA  
 LEY AVE  
 Z A

Correspondencia

J. M. D. — Huya de asonancias: el que escribe consonantes debe evitar que en una redondilla, por ejemplo, se repitan las mismas vocales en los cuatro versos. — Se publicará el «Nocturno». Lo otro corríjalo. El final tiene poca miga.

J. A. — Los de usted nó, porque son muchas las incorrecciones y resultan flojos.

A. R. V. — Acepto una de las dos

L. O. S. — Allá va:

Solar es el sol que alumbra  
 místico campo de arboles,  
 y cuando mi pecho columbra  
 que el sol tiene tres bemoles...

¿Tres nada más? Vaya usted apuntando: solar que alumbra, uno; místico campo, dos; campo de arboles, tres; y pecho que columbra, cuatro, que con los tres que usted cuelga al sol, hacen siete. Eso sin contar con que no hay cristo que entienda esas fusas y semifusas. Compone usted mal, rematadamente mal.

M. P. A. — ¿Usted cree formalmente que Xenofonte el griego tenía orejas de burro? Pero hombre, parece increíble cuando Midas debió dejárselas á usted en herencia, adivinando que tiempo adelante llamaría usted «romances heróicos» á las seguidillas.

F. R. — Siento no poder complacerle.

R. C. — Habrá usted observado que va publicándose lo que envía.

M. E. G. — ¡Y ustedes empeñados en que los cantares son tan fáciles! ¡Un demonio!

A. D. P. — Ideas y forma vulgares, muy usadas. Parece que está influído usted por lecturas poéticas de pobre inspiración; no lo aseguro; hablo de lo que observo por sus composiciones; si es como digo, puede usted, con un estudio hábil y concienzudamente hecho, sacudir esa tutela y remontarse. Le recomiendo también el uso y abuso del diccionario y la propiedad más absoluta en símiles, imágenes... y adjetivos. Con mucha facilidad se convierte una consonante bien empleada en ripio. Una nube no se levanta hasta la esfera del sol... nó, ni todo un nublado. De los ojos de cielo hablaron «todos los poetas que en el mundo han sido».

La idea de «Al fuego», sin ser *virgen*, no está mal. Pruebe, si quiere, á enviarme algo más.

*Operador.* — Perdone, hermano; si bien es cierto que alguna vez que otra me duelen las muelas, no me gusta que me las arranquen. ¡Si viera usted qué llave inglesa más hermosa tengo yo! Nota. — No soy dentista.

J. H. — No puede ser, lo siento. Defectuosísima.

J. X. — He buscado lo que usted indica. Es fácil que se hayan perdido. Al cesto no fueron, puede estar seguro. Lo que manda hoy flojo, flojísimo.

*Pe P. Te.* — Camará, es usted un *socialista asonante*. Por ejemplo:

No me vengas á decir  
 que te odie y aborrezca  
 porque es tierno el corazón  
 que está alimentando tu alma.

Bueno está ser libres, pero no tanto; ya ve usted; hasta el mismo Sagasta cree ahora que la libertad mata.

A. L. — Sí, señor; se pierden muchas cartas en correos, pero también es muy cierto lo que dijo el poeta:

«La mitad de las cartas que se pierden  
 se deben de perder.»

Las de usted, por ejemplo, que ¡son tan latosas, ay!

D. A. A. — Los epigramas pueden ser atrevidillos, gracias á la sal y pimienta que ponen en el chiste agudo los ingenios. Ahora bien: la pimienta es negra y la sal blanca. Quiere decirse con esto que los epigramas repugnan el verde... y yo también. Pruebe usted con chistes regocijados.

*Telémaco.* — ¡Cuántas veces diré, Dios mío, que LA SAETA es periódico culto, literario, satírico, alegre, y serio si conviene, pero nada de lo que ustedes se figuran, porque se empeñan en no entender lo que es Artel

A. S. B. — Va en este número. Siento no haberlo leído antes. Está muy bien, y gracias.

J. R. — Se publicarán.

*Uno que no sirve pa yerno.* — Entre algunos cantares que no están del todo mal, pero que no sirven, escribe usted esto:

«Este para usted  
 señor Director  
 si á usted no le gusta esto,  
 lo hace usted pedacitos  
 y los echa usted al cesto.»

Bueno.

Y á pesar de haber despachado mucha correspondencia no he dado fin al laborioso examen.

Prohibida la reproducción de los originales de este número.

Inofensivo, suprime el Copáiba, la Cubeba y las inyecciones. Cura los flujos en

48 HORAS

SANTAL  
 MIDY

Muy eficaz en las enfermedades de la vejiga: Cistitis del cuello, Catarro de la vejiga, Hematuria. Cada Capsula lleva el nombre



PARIS, 8, rue Vivienne, y en las principales Farmacias.

LA SAETA

Semanario ilustrado

Toda la correspondencia al administrador D. PEDRO MOTILBA

Rambla del Centro, kiosco número 3

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

España y Portugal, semestre. . . . . 6 pesetas.  
 Año. . . . . 11 »  
 Extranjero y ultramar, un año. . . . . 17 »  
 Número corriente, 20 céntimos.  
 Número atrasado, 30 céntimos.

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes. — Pago adelantado.

Faded, illegible text from the reverse side of the page, appearing as bleed-through.



Fot. Esplugas.



20 cents.

Núm. 432

